

**Ernst Hillebrand**

Atreverse con más democracia, o por qué  
a la izquierda europea no le queda más  
remedio que recurrir a procedimientos  
de democracia directa



*El molinillo de café*, 1920. Juan Gris.

---

*Existe en Europa una crisis de legitimidad de la democracia representativa y las fuerzas políticas de la izquierda deben plantearse qué hacer en esta situación.*

*Un eje central tendrá que ser el fortalecimiento de los elementos de democracia directa, así como otras medidas encaminadas a ralentizar estas tendencias al anquilosamiento de la democracia representativa.*

*No se trata de sustituir los procedimientos de representación parlamentaria, sino de provocar un reencuentro entre el sistema político, las organizaciones de la sociedad civil y una mayoría de la población, cuyos intereses y necesidades tendrán que atenderse y respetarse más.*

*Los partidos de la izquierda europea deberían ponerse al frente de un amplio movimiento de redinamización del sistema democrático, ya que la participación política posibilita el cambio de circunstancias legales, sociales y económicas que convierte a las personas en seres autónomos y libres.*

**U**NO de los vacíos más sorprendentes en el discurso de la centro-izquierda de Europa es la negativa a afrontar con seriedad la crisis de legitimidad de la democracia representativa. Sondeo tras sondeo se demuestra que un número decreciente de ciudadanos creen que pueden ejercer una influencia significativa en la vida política y la actuación del Estado. Esta crisis de confianza es especialmente fuerte en aquellos que se ven como perdedores de la evolución económica y social de los últimos años y que conforman el grueso del electorado de los partidos de la izquierda.<sup>1</sup>

Es cierto que ya antes de la crisis financiera mucha gente se sentía invadida por una cierta sensación de impotencia, de pérdida de control sobre su propia vida, de estar indefensos ante las fuerzas anónimas de “los mercados” (Sennett 2006). Pero la crisis financiera y del euro ha echado leña al fuego: si antes los ciudadanos dudaban, sobre todo, de su capacidad de influencia sobre las decisiones políticas, hoy sus dudas se centran en el poder del propio sistema democrático. Ya no se trata meramente de una sensación de impotencia del individuo dentro del sistema político, sino más bien de la percepción de que el propio sistema político es impotente. Con el avasallamiento de la política por los mercados financieros, la ficción de un “soberano democrático” pierde la poca credibilidad que le quedaba. Esta evolución afecta a las raíces mismas del concepto de democracia, que está en última instancia marcado por la fe en la supremacía de lo político sobre lo económico, en la existencia de un mecanismo eficiente para acotar el poder del dinero y de la riqueza mediante la voluntad popular democráticamente articulada.

La creación del sistema político de la UE seguramente ha contribuido a fomentar esta tendencia. Las encuestas demuestran que los ciudadanos se sienten mucho más impotentes frente a los procesos de la política europea que frente a los procesos

---

<sup>1</sup> Embacher, Serge: *Demokratie! Nein danke? Demokratieverdruss in Deutschland* (¿Democracia! ¡No, gracias? El hartazgo de la democracia en Alemania), Dietz, Bonn 2009, y del mismo autor, *Einstellungen zur Demokratie* (Actitudes frente a la democracia) en “Demokratie in Deutschland — Ein Report der Friedrich-Ebert-Stiftung” (Democracia en Alemania — un informe de la Fundación Friedrich Ebert), Bonn 2011.

políticos nacionales.<sup>2</sup> La “salvación del euro”, fue acompañada por un debilitamiento de los Estados nacionales y sus instituciones democráticamente legitimadas. Este debilitamiento de las instituciones democráticas afecta no solamente a los países en crisis que sufren bajo las medidas de austeridad, sino también a países como Alemania. Los procedimientos utilizados para forzar la aprobación parlamentaria de los diferentes paquetes de ayuda constituyen una burla del proceso parlamentario basado en decisiones tomadas con seriedad y en libertad.

Igualmente importantes son aquellos procesos que Colin Crouch resumió hace unos años con el término de la “posdemocracia”: la pérdida de influencia de las macroinstituciones de la sociedad (tales como las iglesias y los sindicatos), la profesionalización de la política por parte de los “políticos de carrera” y, vinculada a ella, una mayor uniformidad de los orígenes sociales del personal político y, finalmente, el declive (relativo) de los partidos de masas de la posguerra. Pero lo que resulta especialmente perjudicial es el auge de una ideología de élites transnacional y “cosmopolita”, que genera un distanciamiento creciente entre las élites económicas y políticas y los contextos sociales y culturales nacionales en los que operan (Crouch 2004).

## LAS CIRCUNSTANCIAS HAN CAMBIADO

A la luz de esta evolución, las fuerzas políticas de izquierda deben plantearse dos cuestiones: por una parte, tienen que decidir si quieren resignarse con este estado de participación política restringida. Para contestar a esta pregunta es importante recordar las raíces del proyecto de la izquierda democrática. Se trataba de la emancipación de los obreros, que pretendían conseguir, mediante el ejercicio de sus derechos de participación política, un cambio de las condiciones sociales y políticas así como del esquema de distribución económica del capitalismo. Las dos esferas de este proyecto —la políticodemocrática y la socioeconómica— no son separables. Por lo tanto, un proceso de emancipación tiene que incidir en los dos niveles: tanto en el cambio de los patrones de distribución económica en unas sociedades cada vez más injustas, como en la recuperación de una participación democrática eficaz.

Por otra parte, surge la pregunta de si la forma actual de la democracia indirecta constituye el modo de organización político adecuado para la sociedad del siglo XXI.

---

<sup>2</sup> El 75% de los alemanes se siente impotente ante las decisiones del ámbito europeo, frente al 50% que siente lo mismo ante decisiones del nivel federal en Alemania. Köcher, Renate: *Entspannter Fatalismus* (Fatalismo relajado), FAZ del 17/10/2012.

En mi opinión, todo indica lo contrario: el nivel de educación y conocimiento de la población, el carácter de la política y sus decisiones en el siglo de la modernidad “reflexiva”, los mayores anhelos de participación de los ciudadanos, la creciente desconfianza frente a la capacidad de solución de problemas por parte de la clase política y, finalmente, la “desacralización” de la política en esta era donde sus protagonistas están bajo la observación continua de los medios.

Nunca antes la gente ha sido mejor formada e informada que hoy: el porcentaje de los que terminan el bachillerato en Europa se ha multiplicado al menos por diez desde 1945. Nunca ha habido más estudiantes matriculados en las universidades. Nunca las informaciones han sido mundialmente mejor distribuidas y más accesibles que en la era del internet. Con las nuevas redes de comunicación de la web 2.0 se están abriendo unas vías autónomas y completamente nuevas para el intercambio de información y la formación de opiniones. Ya a mediados de los años 1990 el politólogo americano James Rosenau utilizó el término de “society of the smart people” para caracterizar a las sociedades occidentales modernas (Rosenau 1997).

Es de suponer que las dudas sobre la democracia representativa reflejan también una frustración de esta “gente lista” al ver que sus exigencias de participación aún no se satisfacen suficientemente. Además, los partidos tradicionales no dan la impresión de disponer de los recursos intelectuales, personales y políticos necesarios para poder superar por sí solos la crisis actual que sufre el sistema democrático.

## ¿QUÉ HACER?

La forma más importante de reaccionar ante la crisis de la democracia representativa deberá ser la ampliación de las posibilidades de participación política de los ciudadanos. En este sentido, un eje central tendrá que ser el fortalecimiento de los elementos de democracia directa. Hay todo un abanico de posibles formas: referendos, iniciativas legislativas populares (como en Suiza y en California), consultas populares sobre decisiones políticas concretas, la posibilidad de revocar políticos o mandatarios con una mayoría cualificada (“recall”), la votación directa sobre el marco presupuestario a todos los niveles de la administración y —tal como se practica ya en una serie de países— la elaboración participativa de los presupuestos de ciudades y municipios.

Es nada menos que un salto hacia adelante en la calidad de la participación democrática que se necesita: desde la votación sobre personas hasta la votación sobre

la política misma. Casi cien años después de la última “innovación básica” de la democracia —la introducción del sufragio universal libre— podríamos estar dispuestos a considerar tal salto. Los que objetan que en esta forma de participación ciudadana ampliada se impondrían en primer lugar los intereses de los grupos sociales más pudientes y mejor formados, probablemente no están del todo equivocados. No obstante, políticamente este argumento no resulta realmente convincente. Ningún cuerpo electoral en una consulta popular puede ser sociológicamente menos representativo que la actual composición de las élites políticas.

Además de los elementos de democracia directa, existe un gran número de medidas suplementarias para ralentizar el anquilosamiento de la democracia representativa. Precisamente los sistemas políticos federales, con sus regiones y municipios fuertes, ofrecen aquí múltiples posibilidades de experimentación: desde el derecho de voto para los niños (ejercido por sus padres), pasando por jurados populares que se pronuncien sobre los proyectos legislativos importantes y el sufragio directo para cargos públicos, hasta la introducción de bonos fiscales para los votantes (que deciden con ellos sobre la concesión de subvenciones a organizaciones de la sociedad civil), habría muchos conceptos que merecerían la pena probar y cuya implantación podría disminuir la brecha entre la política y los ciudadanos (Schmitter/Drechsel 2005).

## LA REVITALIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA

La democracia directa nunca sustituirá por completo los procedimientos de la representación parlamentaria, y tampoco es ese el objetivo. De lo que se trata es de la devolución del poder de decisión al pueblo soberano en aquellas cuestiones que son importantes para su futuro personal y el de su país. El papel de los partidos —pero también de grandes organizaciones sociales como son los sindicatos— evidentemente cambiará con esta transformación de las formas de participación democrática. Estarán mucho más abocados a asumir el papel de organizadores de alianzas y coaliciones sociales, teniendo que intentar agrupar mayorías sociales más allá de sus colectivos de referencia inmediatos. Esto significa presencia *in situ*, un compromiso sostenido a largo plazo, cercanía con la gente y posturas realistas en vez de una ideología rígida. Teniendo en cuenta el escepticismo creciente con el que la gente mira a la clase política (pero también a los cuadros y dirigentes de grandes organizaciones y asociaciones) un cambio de este tipo no tiene por qué ser algo malo.

En este sentido, las experiencias de América Latina, donde en los últimos 25 años se han llevado a cabo muchos experimentos participativos y de democracia

directa, son claramente alentadoras. La práctica de la democracia directa no conduce al debilitamiento del sistema político ni al de las organizaciones de la sociedad civil, sino a un reencuentro entre estos mundos y una mayoría de la población cuyos intereses y cuyas necesidades tendrán que atenderse y respetarse más.<sup>3</sup>

## LA IZQUIERDA TIENE QUE LIDERAR EL MOVIMIENTO

Los partidos de izquierda en Europa harían bien en colocarse al frente de un amplio movimiento de redinamización del sistema democrático. Una revitalización de la democracia sería un paso fundamental para reavivar la dialéctica del “empowerment” (empoderamiento) político y económico que estaba en los inicios del ideario socialista y socialdemócrata: la participación política posibilita ese cambio de las circunstancias legales, sociales y también económicas que nos convierte en seres verdaderamente autónomos y libres.

Surge la pregunta de por qué no se ha prestado atención a este tema mucho antes y por qué los partidos de izquierda lo tratan aún hoy con bastante escepticismo. No fue hasta 2013 cuando el SPD alemán decidió que apoyaría la introducción de referendos nacionales en Alemania. Da la impresión de que ni el ala izquierda ni el ala tecnocrática de estos partidos tienen confianza en la democracia directa. Los unos temen que una mayoría de la población no acepte sus proyectos favoritos del ámbito sociocultural —liberalización de la inmigración, multiculturalidad, derechos de las minorías y reformas liberales del derecho matrimonial y familiar. Y los otros saben que sus reformas económicas y sociales de corte neoliberal, englobadas en la política de la “tercera vía”, tampoco habrían sido aprobadas si se hubiera ejercido la democracia directa. Sin embargo, el hecho de no exponerse a las mayorías sociológicas tiene su precio. Este precio consiste en el auge de “partidos antisistema” y de movimientos populistas en toda Europa, que se aprovechan de la progresiva frustración de la población por el ensimismamiento del aparato político y sus actores (Painter 2013).

A largo plazo, incluso en las “viejas” democracias de Europa occidental y central será inevitable promover las formas participativas de la democracia. Sobre todo, los partidos de izquierda tienen que preguntarse qué alternativas existen a una ampliación de la participación ciudadana. Tienen cada vez más problemas para poner en

---

<sup>3</sup> Pogrebinschi, Thamy, *El giro pragmático de la democracia en América Latina*, Buenos Aires, Nueva Sociedad, 2013, 25 p. Electronic ed.: Buenos Aires: FES, 2013, <http://library.fes.de/pdf-files/nuso/10084.pdf>

práctica sus propósitos: la justicia económica y social de las sociedades de Europa occidental, en vez de mejorar, no ha dejado de empeorar en los últimos años. Ni siquiera la profunda crisis del neoliberalismo al inicio de la crisis financiera ha ayudado a que los movimientos de izquierda hayan obtenido mayorías políticas para acometer unas reformas fundamentales del sistema. La dinámica social de movimientos tales como “Occupy Wallstreet” o “los indignados” se ha perdido casi por completo. Las reformas del sistema económico y financiero, sumamente necesarias para hacer menos probable una repetición de la crisis, no han obtenido suficiente apoyo. En la actual crisis del capitalismo financiero no es solamente el sistema democrático el que pierde credibilidad; son particularmente los partidos de izquierda los que sufren, porque ni siquiera son capaces de poner en pie las reformas más básicas. Este diagnóstico sabe amargo pero es bastante inequívoco: sin la dinámica política que proporcionan los procedimientos de democracia directa, la izquierda europea ya no podrá conseguir mucho hoy en día.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CROUCH, Colin (2004): *Post-Democracy*, New York.
- EMBACHER, Serge (2009): *Demokratie! Nein danke? Demokratieverdruss in Deutschland*, Dietz, Bonn.
- EMBACHER, Serge (2011): “Einstellungen zur Demokratie”, in *Demokratie in Deutschland-Ein Report der Friedrich-Ebert-Stiftung*, Bonn.
- ROSENAU, James (1997): *Along the Domestic-Foreign Frontier: Exploring Governance in a Turbulent World*. Cambridge.
- PAINTER, Anthony (2013): *Democratic stress, the populist signal and extremist threat - A call for a new mainstream statecraft and contact democracy*, London, Policy Network.
- POGREBINSCHI, Thamy (2013): *El giro pragmático de la democracia en América Latina*, Buenos Aires, Nueva Sociedad.
- SCHMITTER, Phillipe/TRECHSEL, Alexander (Coord.) (2005): *The Future of Democracy in Europe: Trends, Analyses and Reforms*. A Green Paper for the Council of Europe, Strasbourg.